

LIBROS

El misterio de la libertad

Con escasa distancia entre sí aparecen publicadas las dos últimas obras de Eduardo Haro Tecglen: *Fascismo: Génesis y desarrollo* (Edit. CVS Audiolibro) y *Sociedad y terror* (Edit. Dopesa). Con esta segunda obra consiguió Haro el Premio de Ensayo Mundo en su quinta edición. Hay que decir primero lo que separa a ambas obras y finalmente lo que las une, aunque no resisto la tentación de avanzar que el nexo de unión es también el común denominador de toda la obra periodística y libresco del autor: una larga y ancha reflexión sobre el misterio de la libertad.

El libro sobre el fascismo es, ante todo, una eficaz manual de divulgación sobre el fascismo y una contribución a su profilaxis. Haro suele repetir que «no tiene estilo literario». Yo creo, en cambio, que una sola línea de Haro Tecglen es inconfundible, porque la característica fundamental de su escritura es lo que unos llamarían su eficacia didáctica y lo que a mí me parece simple conquista de la comunicabilidad por el camino más corto. Es un libro que sería fundamental como obra de texto, con el especial encargo de que en las clases prácticas se escuchara el disco que acompaña al libro. La audición de la voz de Hitler es un revulsivo lógico para generaciones actuales, cuyo oído se ha educado a partir de los Beatles.

Haro cuenta la peripecia de los fascismos «históricos», clarifica las líneas maestras de una ideología instrumentalizada por la burguesía para combatir la progresiva ascensión de la

clase obrera de entre guerras, pero no cae en la trampa de suponer que el fascismo murió en 1945 bajo las orugas de los tanques aliados de ocupación. El fascismo, y en esto Haro se acerca al análisis de Poulantzas, es una tentación constante como tecnología de poder, al servicio de clases o sectores sociales con miedo a ser desbordados por el antagonista. Es ese miedo el que da cuerpo a una compleja ideología basada precisamente en todo lo contrario: en el valor. «Fascismo —escribe Haro— es siempre la creencia de que se está en posesión del bien absoluto y que todo lo demás representa el mal absoluto. Es la negación de todos los matices que caben en una sociedad». Con esta definición, el autor trata de dar significación a la intransi-

namente en lo que solemos llamar ensayo. Nos encontramos aquí con casi todas las constantes de la reflexión crítica de Haro Tecglen, por algunos ya bautizada como «realismo pesimista». Creo que Haro ha sido el primer analista español de política internacional que ha dado la importancia dialéctica que se merece a la evidencia del «equilibrio del terror». ¿El miedo atómico puede paralizar la dinámica histórica? ¿puede convertir la Historia en una foto fija o, a lo sumo, en una farsa interpretada por muñecos al ralenti y teledirigidos? El miedo como factor de disuasión acaba impregnando toda posibilidad de comportamiento personal y colectivo. La disuasión mutua la practican la URSS y USA, el empresario y el obrero, la po-

La obra es un certificado de defunción del humanismo renacentista y al mismo tiempo una denuncia del vacío que ha dejado ese muerto. ¿La esperanza del «hombre nuevo», cómo concierta con una Historia aparentemente decidida por el cálculo de probabilidades y los teléfonos rojos o no? La frustración —concluye Haro— parece ser la tónica de esta sociedad mundial actual educada en las reglas del terror: el capitalismo ha visto frustrada su expansión sin techo, el socialismo ha visto frustrado su optimismo histórico. Su lamentación final, «estamos aprendiendo a vivir de una manera distinta a la de nuestros padres, en donde perduran sus presencias y sus sombras», suena en realidad a queja por la crisis del paisaje ético y estético de la cultura humanista. ¿No es la queja por la crisis de la esperanza en el paraíso terrestre o celeste? Si Jaime Gil de Biedma ha escrito: «La vida no es como la esperábamos», en *Sociedad y terror*, Haro Tecglen lo ha traducido en «la Historia no es como la esperábamos». Recibimos unos insuficientes elementos de análisis que los hechos desbordan y sorprenden cotidianamente.

He hablado del «estilo» de Haro en un libro básicamente de divulgación como el del fascismo. Insisto en referencia a *Sociedad y terror*. La comunicabilidad es la gran virtud de la escritura de un hombre que empezó a darle a la pluma a los catorce años para sobrevivir en aquel año de supervivientes que fue 1939, y que desde entonces no ha parado en una educativa profesionalidad, que ha identificado la conformación de un estilo con la necesidad de «comunicar». Esto es lo que hace de la obra de Haro un rara avis, en el que la profundidad no está reñida con una sorprendente facilidad de lectura.

¿Sólo el «estilo» unifica estas obras? Dejo al

lector la obligación de profundizar en el descubrimiento de que Haro, como toda una promoción de difíciles supervivientes, escribe realmente sobre un solo tema: el misterio de la libertad entrevista y perdida. Como si la libertad fuera una imagen traumática. Tal vez una adolescente rubia que Haro vio a lo lejos en el Madrid de los años treinta y que de pronto recuperó muerta, como una muñeca de cartón sangrante. Entre las ruinas. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

La enseñanza de la literatura

La literatura, es decir, la lectura, por el hecho de ser goce, comunicación, práctica liberadora, información crítica, ha sido tenida tradicionalmente por disciplina subversiva, por asignatura poco «disciplinadora». De ahí que los distintos poderes no se hayan preocupado de sacar a la literatura de métodos de enseñanza detestables. Todo lo contrario. Se trataba de cumplir formalmente con una materia de abolengo humanístico al incluirla en los planes de estudios.

A esta deshumanización, a esta enseñanza rutinaria de la literatura que todos hemos conocido, y que ha llevado a la mayoría de los estudiantes a la indiferencia por la asignatura, ha contribuido —hay que decirlo todo— el ministerio nefasto de casi todos los profesores, empeñados en fosilizarla. Una vez, por las razones arriba apuntadas; en otras ocasiones, por propia incapacidad.

El grado de postración de la enseñanza de la literatura es hoy aún mayor, si cabe, al prevalecer de forma resuelta, tanto en la Administración como en la sociedad, una mentalidad tecnocrática y utilitarista para la cual la literatura es materia nada práctica. Así, en

los actuales programas de estudio de la Enseñanza General Básica ha quedado reducida al mínimo; ha sufrido recortes en el Bachillerato Unificado Polivalente, y en el Curso de Orientación Universitaria es materia opcional. Incluso ha sido suprimida para los alumnos que siguen algunas especialidades de Filosofía y Letras.

Afortunadamente ha comenzado ya la respuesta de ciertos profesores de Literatura, los vocacionalmente lectores, investigadores y maestros, ante tales hechos. Respuesta no ya individual, desde el aula de cada cual, sino en forma colectiva. Una muestra de la reacción ante una enseñanza muerta es «El comentario de textos» (1), publicado el año pasado, en el que se convocaba a una veintena de enseñantes con el propósito de devolver la enseñanza de la literatura a su práctica más radical: la lectura. Ahora acaba de aparecer un libro-encuesta montado por el profesor Lázaro Carreter —prologuista a su vez de «El comentario de textos»— con el propósito de reivindicar el puesto que la enseñanza de la literatura merece en los diversos niveles educacionales (2).

La encuesta alcanza a profesores, escritores y críticos de la cultura. La gravedad del problema es tal, que basta con que apuntemos aquí, no ya las respuestas, sino algunas de las preguntas. Por ejemplo: ¿Cree usted que el estudio de la literatura debe mantenerse como parte de



Eduardo Haro Tecglen.

gencia política a lo largo de la Historia, y da el negativo de un positivo que podría ser la definición de un liberalismo ético: «La creencia de que no está en posesión del bien absoluto y de que todo lo demás no representa el mal absoluto. La afirmación de que en una sociedad caben los matices».

Con *Sociedad y terror*, Haro Tecglen entra ple-

licia y los estudiantes, el marido y la mujer. La parálisis de la confianza en la marcha ascendente de la vida y de la Historia conduce a un nihilismo atroz, que va a hacer del terror una de las condiciones fundamentales de la organización social y una sustancia casi congénita en la sangre o las células grises de las nuevas generaciones.

(1) *El comentario de textos*, Emilio Alarcos y otros. Castalia.

(2) *Literatura y educación*, E. Alarcos, Dámaso Alonso, M. Alvar, A. Amorós, R. Bobes, J. Benet, G. Bueno, Buero Vallejo, E. de Bustos, C. J. Cela, F. Chueca, M. Delibes, Elías Díaz, G. Díaz-Plaja, M. Fraga, G. Fuentes, J. Fuster, P. Lain, R. Lapesa, F. Lázaro, J. Marías, A. de Miguel, J. Monteón, E. Moreno, C. París, José María Pemán, F. Rico, L. Romero, J. M. Rozas, Tierno Galván, J. L. Varela, F. Yndurain, A. Zamora Vicente. Castalia.

la educación de los españoles?» o «¿Qué opinión le merecería la sujeción de tal disciplina en la Enseñanza General Básica e incluso en las Facultades de Letras, para los alumnos que no cursen las especialidades de Filosofía?». Por otra parte, resulta sintomático que un catedrático se haya visto «obligado» a emplear este recurso de urgencia que es la encuesta para plantear el problema.

¿Cuál puede ser la eficacia de esta reflexión colectiva? Me temo que caiga en manos exclusivamente de los ya convencidos, de los vocacionalmente lectores, profesores o no. Para tal viaje no se necesitarían tales alforjas. Pero entiendo que este libro puede alcanzar la categoría de un «libro blanco» de la enseñanza de la literatura y podría sugerir algunas iniciativas, en el terreno de lo práctico, cara a la Administración. El libro recoge —y esto es importante— un movimiento de profesores. Si, en el peor de los casos, no se consiguieran arrancar a la Administración unas medidas por las que se restableciera el puesto de la literatura en los diversos niveles educativos, tal como le corresponde, al menos podríamos contar con profesores conscientes, allá donde se les ha respetado.

Por lo que respecta a la muerte de la literatura, no hay que pasar cuidados. Se defiende sola. Por lo que respecta a los vocados a ella, tampoco. Dámaso Alonso nos cuenta, en las páginas que sirven de introducción a esta encuesta, cómo se confiaron planes y profesores para desviarle de la literatura. Sin embargo, resulta preocupante que una sociedad entera pierda, por un lado, la posibilidad de disfrutar que la literatura proporciona, desconozca su propia historia y, por tanto, se desconozca a sí misma. No resulta una exageración de especialista el afirmar que la futura convivencia de los españoles se ve afectada también por la liquidación

de la literatura en la educación. Cito a Lázaro Carreter: De todas las razones, «parece tener especial fuerza la que considera precisas las disciplinas literarias para insertar lúcida y críticamente a los jóvenes ciudadanos en el mundo que les ha tocado en suerte, el cual hace y hará todo lo posible por homogeneizarlos, por convertirlos en consumidores sin alma». ■ **CESAR ALONSO DE LOS RIOS.**

Música celestial y otros poemas

Con este nombre se da ahora a la luz un amplio florilegio de excelentes poemas que comprenden la casi totalidad de la obra poética de Eduardo Chicharro (1).

Eduardo Chicharro, hijo del pintor de igual nombre, pintor él mismo, es un desconocido para la mayoría y hasta para la letrada minoría. A su retorno literario contribuyen de consuno esta cuidada publicación y la carpeta-homenaje que los pintores (amigos y discípulos) Amalia Avia, Manuel G. Raba, Enrique Gran, Julio L. Hernández, Manolo Millares, Lucio Muñoz, Francisco Nieva, Angel Orcajo, Joaquín Ramo, Antonio Saura y Eusebio Sempere dedican a Chicharro. A ellos y a Gonzalo Armero, presentador y compilador del libro, debemos el hecho digno de memoria de este alumbramiento. La entrada de presentación y notas que hace este último son un ejemplo de respeto y no injerencia en asuntos internos que merecen destacarse y cohiben la tendencia a hacer extenso el comentario.

Señalemos, sin embargo, que E. Chicharro nació y murió en Madrid (1905-1964); que su vida transcurrió en Italia casi permanentemente, a partir del año 1913, fecha en la

(1) Eduardo Chicharro, *Música celestial y otros poemas*. Ed. de Trece de Nieve. Seminario de Ediciones. Madrid, 1974.



Eduardo Chicharro, en sus años romanos.

que marchó a Roma con su familia por haber sido nombrado su padre director de la Real Academia Española de la ciudad; que regresará en 1925 para realizar el servicio militar y tornará con una beca para la Academia a Roma, y allí casará y tendrá su residencia hasta 1943, año en que vuelve a Madrid para permanecer hasta el día de su muerte: 16 de marzo de 1964. De esos veinte años (en poesía) da cuenta el libro, entre cuyos componentes creemos destacarse el poema que da nombre al conjunto: «Música Celestial». Entre las «Cartas de Noche», otro aspecto, la de Beethoven es sinfonía que no merece de las del maestro. Dejados caer en la tentación de la cita y no nos libréis del bien: «Brillan sables como peces, bate el viento las espaldas plateadas de los átomos, las espadas relucientes de los átomos y las cañas y los juncos que Tú Domas, y ahora vuelves a traer voces humanas/en hosannas y blanquitas palomas». La «Plurilingüe Lengua» es otra zona, y prefiero no decir parte porque nunca hay fronteras en es-

tos versos que son «versus», hacías. Cincuenta y dos sonetos en los que encontramos pinturas levitadas y aireiformes; espectografías de espléndidas nimiedades «esenciales», lúdicamente aliteradas: «Va la lámpara gastándose en deliquio/se deshace la madeja poco a poquito/y él se queda vano y loco en vaniloquo». Próximas sacudidas sarcásticas para desarraigar la saporífera costumbre de nuestros acaeceres: «Es España noción municipal/que se aguanta en sosiego natural/por ser la novedad convencional/y la rutina pauta y fe moral». No importa que el itálico modo pierda sus modales, pues de eso se trata a veces en los que él llamó «preciosos cofrecillos dignos de no contener nada» (los sonetos). Sus soledades, sonoras; bien pintadas en lo habitual: «Abandonado y vivo voy por la casa solo/con el gusano extenso./¿Quién me habla? Cada noche/a mi lecho me acerco andando entre despojos/de voladoras aves». Suenan en esta poesía trompetas de Jericó contra las murallas de la rutina —cultural o

no— y dan a veces la impresión de un «diario hablado» en plena espontaneidad coloquial. Sensitivo más que sensual, pero por los sentidos ama el poeta. Pese a declararse no materialista en sus manifestos, en lo material hallan madre de buenos frutos y de flores ciertas. En su oleaje de océano, río o fuente, aparece melodiosamente un panteísmo de espontánea naturalidad: «La yunta se adormece. El sol palpita/en la pared de cal. La margarita/¿no será más azul que la muralla?». ¡Cuántas hermosuras sueltas, cuántas graciosidades y gratuidades dadas como por azar en el quicio o desquiciamiento de un hablar que a veces de puro común se torna insólito!

Hay en nuestro poeta un cierto desvanecimiento de la conciencia histórica que tiende a hacer nulo el antagonismo de las fuerzas sociales, agravado por darse en momentos de una muy intensa crudeza bélica. Si casi toda la poesía y arte de pre y posguerra española y mundial se alinea inevitablemente en torno a esos fenómenos, y referidos a ellos se clasifican las escuelas y los hombres, no podemos menos de encontrar un enfatismo de evasión cierta en las declaraciones de apolitismo del «postismo», así como en el querer «volar solos en el camino de la verdad» los postismos. Su nihilismo contradictorio tiene cierto blancor de provisionalidad que permite esperar algo que ahora brilla por su ausencia; es abierto. No estamos ante un «Grado Cero» de la escritura.

Al movimiento «postista» pertenece nuestro autor como principal fundador junto a Carlos Edmundo de Ory y el italiano Silvano Sernesi. En los manifiestos que forman una parte apéndice del libro se expone el significado de este «ismo» que, por venir detrás de otros, recibe el nombre de «postismo», siendo su más próxima parentela ésta: hijo del surrealismo, nieto del dadaísmo y so-

brino del expresionismo. También tiene que ver con el futurismo y cubismo. Su paradigma es la euritmia. Su género más próximo, la pintura y la música. El juego está en la base de su técnica. Unasele humor, imaginación, aspiración de libertades y otros ingredientes afines hasta dar en la «locura inventada» (Ory), no padecida.

Nuestro hombre pintaba retratos de señoras y daba clases de dibujo y pedagogía en las Escuelas de Artes y Oficios de San Fernando. Fue hablista de radio nacional, ensayista, novelista, poeta, coleccionista, cineasta, ciclista y autodidacta. E. Chicharro es una varia y diversa mezcla de oficios y ejercicios. Su cultura transcolar tiene aires mundiales. Entre la nómina de excelentes resonancias: Homero, Chejov, Vallejo, Marinetti, Heráclito, Nietzsche, Beethoven, Goya, Cervantes, Quevedo, Bretón, Joyce, Torres Villarreal, Tzara y...

No resistimos a la tentación de citar a Francisco Nieva en el epílogo del número 2 de Trece de Nieve, dedicado a Chicharro: «Es claro que el artista, si no es situado y literalmente acabado y perfeccionado por una voluntad creadora del propio ambiente en el que le ha tocado vivir, no es nada. Todo precursor es víctima del ambiente que intenta combatir o no sería precursor. Toda época tiene su reverso de malogrados, aun los más brillantes».

El sueño de la razón no sólo produce monstruos. ■ **JUSTO ALEJO.**

El Opus Dei: una interpretación

Alberto Moncada, un antiguo miembro de la obra y sociólogo de la educación, publica este breve pero enjundioso libro en la Editorial Índice, donde describe las impresiones de su vida en contacto interno con el Opus, siendo miembro de él. Esta valiente editorial ha publicado libros polémicos y de